

Prólogo

Vivir en la verdad

En algunas ocasiones, Václav Havel confesó a los periodistas que parecía haberse convertido, a su pesar, en un personaje salido de un cuento, alguien en quien él mismo no se reconocía. Lo cierto es que su vida y su obra fueron verdaderamente extraordinarias: el joven Havel de los años sesenta, que casi sin educación se convirtió en un dramaturgo de éxito internacional; el disidente y prisionero político, que denunció el régimen comunista y escribió algunos de los ensayos que harían de él uno de los más importantes pensadores políticos de Europa central; el líder pacífico de aquella Revolución de Terciopelo, que en unas semanas y sin un disparo acabó con el régimen comunista en noviembre de 1989; y también, casi por sorpresa, el Primer Presidente de la nueva Checoslovaquia, que emprendería una era de reformas e iniciaría el camino de *retorno a Europa* de su país.

Havel dramaturgo, prisionero político, ensayista, revolucionario, presidente... Resultaría imposible en este breve prólogo tratar de dar cuenta de todo ello, pero sí quisiéramos, al menos, al hilo de unas líneas en recuerdo de su vida, explicar por qué Václav Havel constituye una valiosa contribución a una colección sobre las *Raíces*

de Europa, en la que hasta ahora habíamos publicado a algunos de los que han sido los líderes del proceso de integración —los llamados *padres de Europa*, como Jean Monnet, Robert Schuman o Alcide de Gasperi—; y también quisiéramos señalar por qué estos escritos, alguno de los cuales se remonta a los años setenta del siglo pasado, resultan en nuestros días de tanta actualidad; por qué pueden constituir una rica fuente de reflexión y de inspiración para la Europa de nuestros días.

Nacido en 1936, en el seno de una familia burguesa —gran parte de cuyos bienes habían sido nacionalizados tras la Segunda Guerra Mundial—, Václav Havel se vio obligado a dejar la escuela a los quince años para trabajar de ayudante en un laboratorio. Tras cumplir el servicio militar, comenzó a ejercer como tramoyista y director de escena en un pequeño teatro de Praga. Si bien por motivos políticos no pudo prolongar su educación formal, pronto comenzó a escribir y, a finales de los sesenta, años de apertura del comunismo checo, estrenó sus primeras obras: *La fiesta en el jardín* y *El memorando*. En ellas, Havel desvelaba sus impresiones sobre la atmósfera comunista, y su particular preocupación por la manipulación que el sistema ejercía sobre el lenguaje. Estas críticas eran consentidas por el gobierno reformista de Alexander Dubček, que en su intento de establecer «un socialismo en libertad» o «de rostro humano» había prohibido la censura. Sin embargo, después de la Primavera de Praga, resultaron inaceptables para el nuevo régimen.

Tras la invasión de los tanques soviéticos, aquel agosto de 1968, la representación de sus obras fue prohibida. Sólo a distancia, Havel sería testigo de su creciente éxito en el extranjero. En los setenta continuaría escribiendo

teatro —*Los conspiradores, La audiencia, El hotel de la montaña*— y denunciando con su palabra lo que él denominaba un sistema *posttotalitario*, que separaba los gobernantes de los gobernados, y que —como diría en su carta pública al líder comunista Gustav Husak— fomentaba lo peor de cada uno: «el egoísmo, la hipocresía, la indiferencia, la cobardía, el miedo, la resignación, y el deseo de escapar de cualquier responsabilidad individual».

A partir de 1977 comienza una larga historia de entradas y salidas de prisión, donde cumpliría cinco años. El detonante fue la Carta 77, una de las más decisivas manifestaciones de la disidencia de los países del bloque comunista, de la que Havel sería portavoz. Con el motivo inicial del encarcelamiento de los miembros de la banda de rock *The Plastic People*, sus firmantes exigían al gobierno el respeto de los derechos humanos con los que formalmente se habían comprometido en su Constitución y en los convenios internacionales (los Convenios de Naciones Unidas de 1966 y el Acta Final de Helsinki, de 1975). Los 242 valedores de la Carta, unidos contra el régimen, denunciaban la hipocresía de un sistema que decía defender a los ciudadanos, cuyos derechos vulneraba sistemáticamente. Acusados de traidores y agentes del imperialismo, los firmantes fueron interrogados y castigados. Otro de sus portavoces, Jan Patočka, filósofo formado en el entorno de Husserl y la fenomenología, cuyas ideas ejercerían una influencia decisiva en Václav Havel, moriría en el curso de los interrogatorios. Havel pasaría varios meses en prisión en 1977, y de nuevo en 1978.

En este contexto, y en memoria de su amigo Patočka, Havel escribió *El poder de los sin poder*, el primero de los ensayos aquí reunidos. Resulta difícil reprimir una

sonrisa al imaginar cuál sería la impresión que este audaz escrito clandestino —que pronto circularía en el *Samizdat*— causaría en las autoridades comunistas. Más allá de la crítica y de la denuncia, el ensayo constituye un minucioso análisis, una disección, de las mentiras y la manipulación en las que se sustenta el sistema comunista, que aparece desnudo, desenmascarado por su palabra. Como él mismo diría más tarde, «una palabra verdadera, incluso pronunciada por un solo hombre, es más poderosa, en ciertas circunstancias, que todo un ejército. La palabra ilumina, despierta, libera. La palabra tiene también un poder. Es ése el poder de los intelectuales».

El poder de los sin poder pronto habría de constituir un manifiesto de la disidencia en Checoslovaquia, en Polonia, y en otros regímenes comunistas. Este grito de libertad, esta máxima expresión de denuncia de los sistemas totalitarios, justificaría de por sí su inclusión en esta colección de *Raíces de Europa*. Pero quizá lo más sorprendente de este ensayo sea la sensación de actualidad que se desprende, de principio a fin, de cada una de sus páginas... ¿A qué se debe, si precisamente sus esfuerzos contribuyeron a socavar un régimen que forma ya parte de la historia?

Es indiscutible que este ensayo constituye, decíamos, un grito de libertad. Libertad de reflexión filosófica y política, en la literatura y en la música... una libertad que como él decía es indivisible y es solidaria, ya que no defender la de los demás significa también renunciar voluntariamente a la propia. Pero *El poder de los sin poder* es además, o es aún en mayor medida, una voz que clama la necesidad del hombre de *vivir en la verdad*,

un acto de resistencia, de rebelión contra la mentira de la que el propio poder totalitario es prisionero.

Ésta es la idea que Havel nos transmite en sus primeras páginas con aquella inolvidable parábola del tendero que pone en su escaparate, entre las cebollas y las zanahorias, el cartel: «Proletarios del mundo uníos». Este cartel, nos dice, que le ha sido entregado por la administración, transmite un mensaje secreto: «Estoy aquí y sé lo que tengo que hacer; mi comportamiento es el esperado; soy de fiar y no se me puede reprochar nada; obedezco y, por tanto, tengo derecho a una vida tranquila», o incluso algo que su dignidad no le permitiría admitir: «Tengo miedo y por eso obedezco sin rechistar». Su profesión de lealtad —continúa— «toma la forma de un signo que sirve para ocultar al hombre los fundamentos ínfimos de su obediencia y en consecuencia, los fundamentos ínfimos del poder; detrás de él está la fachada de algo elevado». Esto *elevado* es la ideología, «que da al individuo la ilusión de ser una persona con una identidad digna y moral y así le hace más fácil no serlo. [...] Le permite engañar la propia conciencia y enmascarar ante el mundo y ante sí mismo su condición real». La ideología actúa pues —explica Havel— como un velo que oculta la realidad, que crea un mundo en apariencia, un ritual, una mentira que el tendero acepta y a la que presta su lealtad convirtiéndose así no sólo en víctima, sino también en sostén e instrumento del sistema.

Por eso, cuando un buen día se rebela y deja de exponer aquel cartel, «sale de la vida en la mentira; rechaza el ritual y viola las reglas del juego, reencuentra su identidad y su dignidad reprimida; realiza su libertad. Su rebelión será un acto de vida en la verdad». Pero al

hacerlo, nuestro tendero no sólo ha seguido la llamada de su conciencia y dado un paso en falso individual, «ha hecho algo mucho más grave: ha violado las reglas del juego, ha transgredido el juego en cuanto tal. Ha abatido el mundo de la apariencia [...]; ha desbaratado la fachada de lo elevado y ha revelado los fundamentos ínfimos del poder. Ha dicho que el Emperador está desnudo».

El poder de los sin poder es una llamada a la vida en la verdad, al despertar de la conciencia y a la responsabilidad individual. Como más tarde diría desde prisión en sus *Cartas a Olga*¹, «no callar ante todo lo que pasa, decir, de vez en cuando, en voz alta lo que uno piensa y comportarse de acuerdo con su sentido de la responsabilidad no significa de ninguna manera ser un idealista [...] significa únicamente que uno intenta actuar de una manera normal, o sea digna y libre, de acuerdo consigo mismo, y que su estado de ánimo fundamental es el de creer y su necesidad vital básica es la búsqueda de sentido».

La cuestión de la responsabilidad personal habría de constituir para él la clave y la raíz de la identidad del hombre. Con razón diría después que la responsabilidad no se puede predicar, sino únicamente llevarse a cabo, y el único lugar por el que empezar es por uno mismo. En efecto, su vida sería el mejor testimonio del poder de la palabra de un hombre que —como aquel tendero que imaginó— no se resignó a mentir y al escuchar la llamada de su conciencia se convirtió en un verdadero elemento de transformación de la historia de Europa.

La reflexión sobre el poder de la palabra y la responsabilidad individual se abre al lector desde las primeras

¹ *Cartas a Olga*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1997. Traducción y prólogo de Mónica Zgustová.

páginas de *El poder de los sin poder*. Pero aún quisiéramos señalar un segundo aspecto que explica que la lectura de este ensayo no haya perdido actualidad, y es que, más allá del mundo comunista, su autor apuntaba explícitamente a una crisis de identidad que concierne a Europa Occidental, y más aún, al mundo moderno.

Para Havel, esa inclinación que percibía a su alrededor a aceptar el sistema, a adaptarse a él, se correspondía con la resistencia del hombre moderno, aplastado por la sociedad de consumo y sometido por la técnica, a sacrificar cualquier seguridad material en nombre de su integridad espiritual y moral. Para el autor, ese hombre moderno ha perdido el sentimiento de responsabilidad que tenía respecto a algo trascendente, y ha renunciado a un *significado superior* ante los atractivos superficiales de la civilización moderna. Por eso, la grisura y la escualidez de la vida en el sistema totalitario serían para él «la caricatura de la vida moderna en general», «una especie de recordatorio para Occidente que le desvela su destino latente».

Su mirada crítica no escapa pues al mundo occidental, a las debilidades de la sociedad de consumo, de las democracias parlamentarias y de su sistema de partidos, a lo que dedica las últimas páginas de este ensayo. Para Havel, a ambos lados del telón de acero, el cambio sólo podía partir de una vuelta al hombre, «de la reconstrucción sustancial de su posición en el mundo, de su relación consigo mismo, con los otros hombres y con el universo». De ello hablaría en *El poder de los sin poder*, donde sostendría que el nacimiento de un modelo económico y político mejor sólo podría partir de un cambio existencial y moral más profundo, pues «sólo con una vida mejor se puede construir un sistema mejor».

Sus reflexiones sobre esa vuelta al hombre y sobre el sentido de la vida se recogerían ampliamente en sus *Cartas a Olga*, escritas a su mujer en su siguiente estancia en prisión, entre 1979 y 1983. Fueron aquellos unos años especialmente difíciles para la disidencia checoslovaca, en los que se produjo una gran ola de emigración de la que formarían parte muchos intelectuales. Havel se lamentaría amargamente de ese continuo «despoblamiento», que — como decía con su característico sentido del humor — le acabaría convirtiendo en un «emigrante en su propio país».

Él, por su parte, guiado por ese exigente sentido de la responsabilidad, siempre prefirió la prisión al exilio. Como explicaría en el verano de 1982, en unas inolvidables cartas sobre la culpa y la responsabilidad, nunca se había perdonado el haber *traicionado a la causa*, al haber escrito, en los primeros días de su encarcelamiento, una petición de excarcelamiento al fiscal que sería después difundida y utilizada por el régimen. Siempre se lamentó de los amigos que se fueron, y nunca cedió a las presiones de las autoridades para que abandonase el país: «Al final de mis meditaciones surge siempre una especie de alegría interior de estar donde estoy, de no haberme desviado de mi camino, de mí mismo, de no haber tomado la salida de emergencia, y aunque sufra, no sufro el peor de los sufrimientos (que también he experimentado en mi propia piel), esa sensación de no estar a la altura de la tarea».

Pero a finales de los ochenta, los vientos de cambios en la Unión Soviética, en Hungría y en Polonia llegaron también a la más débil disidencia checoslovaca. Mientras, la fama de Havel crecía en el extranjero y también en su país, donde hasta hacía poco era casi un desconocido fuera de la disidencia y los círculos intelectuales. Su

última entrada en prisión, en enero de 1989, fue objeto de tal indignación que las autoridades se vieron obligadas a liberarlo en abril. Algunos interpretaron esta pequeña victoria como el principio del fin del régimen.

En el mes de noviembre, tambaleándose ya el mundo soviético, el gobierno reprimía en Praga la última manifestación estudiantil. Havel y los disidentes respondieron organizando el Foro Cívico y día tras día, cada vez en mayor número, se manifestaban de forma pacífica cantando en la plaza de San Wenceslao: «La verdad triunfará». Así, en apenas unas semanas y sin violencia alguna, la llamada Revolución de Terciopelo forzó la renuncia del gobierno, que se anunció el 24 de noviembre. Unos días más tarde, un Havel reticente, que nunca había tenido aspiraciones políticas, tomó «la decisión más difícil de su vida» y se convirtió en presidente de la República Checoslovaca por votación unánime de la Asamblea Federal. Poco después, este intelectual dedicado a la política escribiría: «Estando en el poder, sospecho de mí permanentemente».

Recogemos en estas páginas uno de sus discursos más célebres, pronunciado con motivo del Año Nuevo aquel primero de enero de 1990. Fue el primer intento del presidente de la nueva Checoslovaquia de poner en práctica los ideales a los que se había adherido toda su vida y que le habían guiado en sus años de disidencia, algo que —como diría más tarde— había de ser mucho más difícil en la práctica de la política.

Sus ideas, desarrolladas largamente en sus escritos previos, asoman de nuevo en este histórico discurso que comienza hablando sobre el valor de la verdad, y que por ello no ocultaba a los ciudadanos y al mundo la grave

situación que afrontaba su país. Un discurso que hablaba sobre la exigencia de la responsabilidad, y al hacerlo confrontaba a cada uno de sus conciudadanos con su pasado y su relación con el régimen. Y un discurso que hablaba también de la búsqueda de la justicia, y por esta razón, y por la imposibilidad de confiar en un sistema que había condenado a ciudadanos sin garantía judicial alguna, declaraba una amplia amnistía que luego sería duramente criticada por sus compatriotas. Al final, Havel hablaba de la voluntad de construir una política basada en la moralidad, una política que irradiase «amor, comprensión, la fuerza del espíritu y de las ideas», y de su sueño, una república «independiente, libre y democrática, [...] económicamente próspera y también socialmente justa; en resumen, una república que vele por el individuo y que, por tanto, albergue la esperanza de que el individuo vele por ella a su vez».

A lo largo de toda su vida algunos criticaron su ingenuidad y su idealismo, pero su autoridad moral fue ampliamente reconocida dentro y fuera de las fronteras de su país. Tras su elección, el Castillo de Praga se convirtió en el destino de numerosos líderes internacionales como el presidente Bill Clinton, que aprovechó su visita para tocar el saxofón en su club de jazz favorito, o el Dalai Lama, que consideraría a Havel «una fuente de inspiración». A ello contribuyó no sólo el testimonio de su vida, sino sus cuidados discursos, verdaderos ensayos en los que, más allá de la política, asomaba el Havel más personal, admirado por su autenticidad y su profunda humanidad. Recogemos en este libro el discurso pronunciado en Hiroshima, el 5 de diciembre de 1995, sobre *El futuro de la esperanza*, el pronunciado en París

en 2009 sobre *El misterio de la historia y el destino del mundo* y el último diálogo con el arzobispo Dominik Duka en 2011, unas semanas antes de su fallecimiento.

Para terminar, los dos discursos que completan esta publicación se refieren específicamente a Europa: el primero de ellos fue pronunciado en el Parlamento Europeo el 11 de noviembre de 2009, y el segundo, *Europa y el mundo*, en el Senado de Roma, en abril de 2002. En ellos se recogen las ideas principales del autor sobre el proceso de integración, y se transmite su ilusión por este experimento que tantos años de paz ha traído a gran parte de Europa, y que constituye un «intento extraordinario de unión democrática de Estados».

Havel fue, como él mismo diría, un firme promotor de la idea de Europa. Desde sus primeros días en la Presidencia luchó por llevar a su país *de retorno a Europa*, para ingresar en la OTAN primero y en la Unión Europea después. También trabajó por la unidad europea, tratando de reparar la relación de su país con Alemania —lo que le llevó a disculparse por la expulsión de los alemanes de los Sudetes tras la Segunda Guerra Mundial—, y oponiéndose infructuosamente a la escisión de Checoslovaquia en dos repúblicas independientes.

Por eso, si Havel es una valiosa contribución a una colección sobre las raíces de Europa no es sólo por su apoyo al proceso de integración, sino sobre todo porque con su vida y con su obra recordó a Europa su propia esencia. Le recordó que, más allá de la economía, la integración europea ha sido desde su origen un proceso de reconciliación histórica, como decían en los años cincuenta los Tratados fundacionales, un intento de forjar «una unión cada vez más

estrecha entre los pueblos de Europa». Y también le recordó que, más allá de un lugar geográfico, Europa es un concepto basado en unos fundamentos espirituales y en unos valores compartidos —como hoy dice el artículo 2 de Tratado de la Unión Europea—: «la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos».

Como diría su amigo Timothy Garton Ash con motivo de su muerte, en diciembre de 2011, Václav Havel no fue sólo un europeo, «fue un europeo que, con la elocuencia de un dramaturgo profesional y la autoridad de un ex prisionero político, nos recordó las dimensiones históricas y morales del proyecto europeo». Quizá por ello, en estos años difíciles para el proyecto de integración, se lamentaba de su pérdida: «¡Havel! ¡Europa te necesita!».

Belén Becerril Atienza